

EL HOMBRE JABALÍ

En el centro del claro cubierto de nieve yacía el cadáver de un alce. Del cuerpo lacerado aún emanaba vapor. Para Mandred y sus tres compañeros estaba claro lo que eso significaba, debían de haber asustado al cazador. El cadáver estaba lleno de heridas sangrientas y el pesado cráneo estaba destrozado. Mandred no conocía ningún animal que cazara para después comerse solamente el cerebro de su presa. Un ruido sordo le hizo volverse. En el límite del claro la nieve se arremolinaba en cascadas cayendo de las ramas de un alto pino. El aire estaba lleno de finos cristales de hielo. Mandred escudriñó con desconfianza entre los matorrales. El bosque volvía a estar ahora en silencio. Por encima de las copas de los árboles la verde luz de hadas danzaba por el cielo. ¡No era noche para andar por el bosque!

—Es sólo una rama que se ha roto por el peso de la nieve —dijo el rubio Gudleif, y se sacudió la nieve de su pesada capa—. Ahora no te pongas a mirar por ahí como un perro rabioso. Ya verás como al final estamos siguiendo simplemente a una manada de lobos.

La preocupación se había instalado furtivamente en el corazón de los cuatro hombres. Cada uno de ellos pensaba en las palabras del anciano, que les había advertido sobre una bestia de las montañas que traía la muerte. ¿Quizá sus palabras fuesen algo más que alucinaciones producto de la fiebre? Mandred era el jarl de Piedranival, un pequeño pueblo que se encontraba al otro lado del bosque, junto al fiordo. Era su obligación auyentar cualquier peligro que pudiera amenazarlo. El anciano había insistido tanto en su relato que tendría que haberlo investigado. Y sin embargo...

En inviernos como aquél, que comenzaban pronto y traían mucho frío, y en los que la verde luz de hadas danzaba en el cielo, los hijos del pueblo elfo acudían al mundo de los hombres. Mandred lo sabía, como también lo sabían sus compañeros.

Asmund había puesto una flecha en su arco y parpadeaba nervioso. El larguirucho pelirrojo no era hombre de muchas palabras. Había llegado hacía dos años a Piedranival. Se contaba que había sido un famoso ladrón de ganado en el sur, y que el rey Horsa Escudo Robusto había puesto precio a su cabeza. A Mandred eso le daba igual. Asmund era un buen cazador que llevaba mucha carne al pueblo. Eso era más importante que cualquier rumor.

Mandred conocía a Gudleif y a Ragnar desde que eran niños. Ambos eran pescadores. El primero era un hombre fornido, con la fuerza de un oso; siempre de buen humor, contaba con muchos amigos, aun cuando se le considerase un poco simplón. Ragnar era pequeño y moreno, diferente a los altos y en su mayoría rubios habitantes de Fiordia. A veces se burlaban de él por eso y le llamaban hijo de kobold a sus espaldas. Era una estupidez soberana. Ragnar era un hombre con el corazón en su sitio, alguien en quien uno podía confiar.

Mandred pensaba melancólico en Freya, su esposa. Seguramente estaba ahora sentada junto al hogar y escuchaba la noche. Él había llevado consigo un cuerno de señales. Un toque significaba peligro; si por el contrario tocaba dos veces, todos en el pueblo sabrían que ningún peligro acechaba fuera y que los cazadores se encontraban de regreso a casa.

Asmund había bajado el arco y mantenía un dedo sobre los labios en señal de advertencia. Alzó la cabeza como un perro de caza que hubiera captado un rastro. En ese momento, Mandred también lo percibió. Un olor extraño que recordaba al hedor de huevos podridos se extendía por el claro.

—Quizá sí que sea un troll —susurró Gudleif—. Se dice que salen de las montañas durante los inviernos más duros y un troll podría tumbar un alce de un solo puñetazo.

Asmund miró a Gudleif sombríamente y le hizo un gesto para que se callara. La madera de los árboles crujía quedamente por el frío. Mandred experimentó la sensación de ser observado. Había algo allí. Muy cerca.

De pronto se abrió el ramaje de un avellano y dos formas blancas salieron de él batiendo las alas con fuerza, precipitándose so-

bre el claro. Mandred alzó la lanza de forma instintiva, después respiró aliviado. ¡Sólo eran dos perdices nivales!

Pero ¿qué las había asustado? Ragnar apuntó al avellano con el arco. El jarl bajó su arma. Sentía cómo se le removía el estómago. ¿Acechaba el monstruo entre los arbustos? Los hombres mantuvieron sus posiciones sin hacer un solo ruido.

Pareció transcurrir una eternidad, pero nada se movía. Los cuatro habían formado un semicírculo ancho en torno a los matorrales. La tensión apenas podía soportarse. Mandred sentía cómo le bajaba un sudor frío por la espalda y se le acumulaba en el cinturón. El camino de vuelta al pueblo estaba lejos. Cuando las ropas estuvieran empapadas de sudor y no les protegieran más del frío, se verían obligados a acampar y hacer fuego.

El grueso Gudleif se arrodilló y clavó la lanza en el suelo. A continuación enterró las manos en la nieve fresca y formó una bola entre quedos crujidos. Gudleif miró a Mandred y el jarl asintió. La bola describió un amplio arco hacia los matorrales. Nada se movió.

Mandred respiró aliviado. Su miedo había dado vida a las sombras de la noche. ¡Habían sido ellos mismos quienes habían asustado a las perdices nivales!

Gudleif sonrió aliviado.

—Ahí no hay nada. La mala bestia que ha despedazado al alce hace tiempo que volvió a las montañas.

—Menuda partida de caza somos —se burló ahora Ragnar—. La próxima vez saldremos huyendo del pedo de un conejo.

—¡Ahora voy a ensartar a las sombras! —dijo Gudleif levantándose y cogiendo su lanza. Riendo, comenzó a clavarla entre las ramas de los matorrales.

De pronto, un tirón le hizo precipitarse hacia delante. Mandred vio una gran garra aferrar el asta de la lanza. Gudleif lanzó un grito penetrante que se trocó abruptamente en un gutural gorgoteo. El fornido hombre se tambaleó, con ambas manos presionando su garganta. La sangre brotaba de entre sus dedos y corría por su jubón de piel de lobo.

De entre los matorrales surgió una enorme silueta, medio hombre, medio jabalí. La criatura se inclinaba pronunciadamente por el peso de la enorme cabeza de jabalí y, sin embargo, se alzaba a más de seis pies de altura. El cuerpo de la bestia era el de un fuerte atleta; gruesos y nudosos tendones se marcaban en sus brazos y

hombros. Las manos acababan en oscuras garras. Por debajo de la rodilla, las piernas eran extrañamente delgadas y estaban profusamente cubiertas de cerdas grisáceas y negras. La criatura tenía pezuñas en lugar de pies.

El hombre jabalí emitió un profundo y gutural gruñido. Colmillos como dagas sobresalían de su hocico. Sus ojos parecían querer devorar a Mandred.

Asmund levantó el arco. Una flecha salió de la cuerda y acertó a la bestia en un lateral de la cabeza, dejando un fino arañazo rojo. Mandred aferró su lanza con mayor fuerza.

Gudleif, por su parte, cayó de rodillas, se tambaleó durante un breve instante y se desplomó a un lado. Sus convulsas manos se relajaron. Aún brotaba sangre de su garganta y sus piernas se estremecían suplicantes.

Una ira ciega embargó a Mandred. Se precipitó hacia delante y hundió su lanza en el pecho del hombre jabalí. Le pareció como si hubiera chocado contra una roca. La hoja de la lanza se deslizó hacia un lado sobre la piel de la criatura sin causarle daño alguno. Una garra se movió como el rayo e hizo mil pedazos el mango del arma.

Ragnar atacó al monstruo desde el flanco para apartarlo de Mandred. Pero tampoco su lanza tuvo ningún efecto.

Mandred se dejó caer en la nieve y sacó un hacha del cinturón. Era una buena arma, con una hoja estrecha y afilada. El jarl la alzó con todas sus fuerzas contra la parte posterior del hombre jabalí. El monstruo gruñó. Después bajó la pesada cabeza y embistió al atacante. Un colmillo alcanzó a Mandred en la parte interna del muslo, desgarrándolo y haciendo pedazos el cuerno de señales engastado en plata que llevaba colgado del cinturón. El hombre jabalí irguió la cabeza de forma violenta y Mandred se vio lanzado entre los arbustos.

Medio aturdido por el dolor, presionó con la mano sobre la herida, mientras que con la otra rasgaba una tira de tela de su capa. Rápidamente aplicó el vellón sobre la herida abierta y se quitó el cinturón para comprimir provisionalmente la pierna.

Estridentes gritos provenían del claro. Mandred rompió una rama de un arbusto y la introdujo por el cinturón. Después estiró de la tira de cuero hasta apretarla a su muslo como el aro de un barril. El dolor casi lo hizo desmayarse.

Los gritos del claro habían enmudecido. Mandred apartó cui-

dadosamente el ramaje de los arbustos. Sus compañeros yacían sin vida en la nieve. El hombre jabalí se encontraba inclinado sobre Ragnar e hincaba una y otra vez los colmillos en su pecho. El hacha de Mandred se encontraba justo al lado de la bestia. Todo en él le llamaba a saltar valerosamente sobre el monstruo en ese mismo instante, armado o no. ¡Era deshonoroso huir de un combate! Pero era estúpido continuar una pelea sin esperanza de victoria. Era el jarl, él era el responsable de lo que le ocurriese a la aldea. ¡Tenía que advertir a todos los que siguieran con vida!

Pero no podía regresar sin más a Piedranival. Su rastro conduciría al monstruo directamente al pueblo. Debía encontrar otro camino.

Pulgada a pulgada Mandred retrocedió por entre la maleza. Cada vez que una rama crujió, el corazón estaba a punto de parársele. Sin embargo, la bestia no se preocupaba por él. Estaba acucillada en el claro y continuaba su macabro festín.

Una vez que se hubo arrastrado fuera de la maleza, Mandred se atrevió a ponerse a medias de pie. Un dolor punzante le recorrió la pierna. Palpó sobre el trozo de lana. Se estaba formando una costra de hielo encima de la tela. ¿Cuánto tiempo podría aguantar con semejante frío?

El jarl recorrió cojeando el corto trecho hasta la linde del bosque. Miró hacia el escarpado acantilado que se alzaba sobre el fiordo. Allí arriba había un antiguo círculo de piedra. Y muy cerca de él estaba la pila de madera para el fuego de señales. Si conseguía encender la pira, el pueblo estaría sobre aviso, pero había más de tres kilómetros hasta allí arriba.

Mandred se mantuvo cerca de la linde del bosque, pero sólo podía avanzar lentamente a través de la nieve recién caída. Miró con aprensión el extenso campo de nieve que tenía ante sí y que se convertía en pendiente hacia la parte trasera del acantilado. Allí apenas había protección y sería difícil no ver el ancho rastro que iba dejando en la nieve.

Agotado, se apoyó en el tronco de un viejo tilo y reunió fuerzas. ¡Ojalá hubiera dado crédito a las palabras del anciano! Lo habían encontrado una mañana delante de la empalizada que protegía el pueblo. El frío había penetrado en los huesos del pobre hombre hasta casi robarle la vida. En su delirio febril había hablado de un jabalí que caminaba erguido; de un monstruo venido de las lejanas montañas del norte para traer muerte y ruina a los pue-

blos de Fiordia. ¡Un devorador de hombres! Mandred le habría creído si el anciano hubiese hablado de trolls venidos de lo profundo de las montañas, o de kobolds maliciosos que tiñesen sus gorros de lana con la sangre de los vencidos, o de la Ronda Élfica con sus lobos blancos. Pero un jabalí que caminaba erguido y devoraba hombres... ¡Nadie había oído hablar antes de una criatura semejante! Las palabras del anciano pronto fueron desechadas como delirios producto de la fiebre.

Entonces llegó la noche invernal. El extranjero había llamado a Mandred a su lecho de muerte. No descansó en paz hasta que el jarl le juró buscar el rastro de la bestia y advertir al resto de pueblos del fiordo. Incluso entonces, Mandred seguía sin creer al anciano, pero era un hombre de honor que no se tomaba un juramento a la ligera. Por eso había partido...

¡Ojalá hubieran tenido más cuidado!

Mandred respiró profundamente, después salió cojeando hacia el terreno nevado. Su pierna izquierda estaba completamente entumecida. Al menos el frío tenía algo bueno, ya no sentía dolor alguno en la herida. Sin embargo, caminar con esa pierna herida no era fácil. Tropezaba continuamente. Medio a rastras, medio andando, se impulsaba hacia delante. No se oía al hombre jabalí. ¿Habría acabado su cruento festín?

Finalmente alcanzó un terreno cubierto por guijarros. El pasado otoño había habido allí un desprendimiento, pero ahora el terreno traicionero se escondía bajo una gruesa capa de nieve. La respiración de Mandred comenzó a entrecortarse. Espesas nubes de vaho blanco flotaban ante su boca y golpeaban su barba como escarcha. ¡Maldito frío!

El jarl recordó el verano anterior. Había ido allí con Freya de vez en cuando. Se sentaban sobre la hierba y miraban el cielo estrellado. Él había alardeado ante ella de sus cacerías y de cómo el rey Horsa Escudo Robusto le había acompañado en su incursión en la costa de Fargon. Freya le había escuchado pacientemente y le había tomado el pelo cada vez que él exageraba sus heroicos actos. ¡Su lengua podía ser tan afilada como un cuchillo! Pero besaba como... ¡No, no pienses en eso! Tragó saliva. Pronto sería padre, pero nunca vería a su hijo. ¿Sería varón?

Mandred se apoyó en una gran roca para tomar aliento. Había logrado recorrer la mitad del camino. Su mirada vagó por la linde del bosque. Ni siquiera la luz de hadas lograba traspasar la oscuri-

dad del interior, pero desde la pendiente se veía todo tan claramente como si la noche estuviera despejada y hubiese luna llena.

Aunque la lúgubre luz celeste asustaba a la mayoría de las gentes del norte, a él siempre le habían gustado las noches como ésa. Parecía que el refulgente brillo de las estrellas tejiera amplios caminos en el cielo.

Algunos decían que los elfos se escondían en esa luz cuando iban cabalgando de caza por el cielo glacial. Mandred sonrió. A Freya le hubiese agradado la idea. Le encantaba sentarse junto al fuego en las noches invernales y desgranar historias; historias sobre los trolls de las lejanas montañas y sobre los elfos, cuyos corazones eran tan fríos como estrellas invernales.

Un movimiento en la linde del bosque sacó a Mandred de sus pensamientos. ¡El hombre jabalí! Así que la bestia había empezado a buscarlo. Mejor así, con cada paso acantilado arriba lo alejaba del pueblo. Solamente tenía que aguantar... ¡No le importaba que le desgarrase el pecho y devorase su corazón si conseguía al menos encender el fuego de señales!

Mandred se levantó de la roca y tropezó. ¡Sus pies! Aún... aún estaban ahí, pero no podía sentirlos. ¡No tenía que haberse quedado parado! Qué estupidez... Hasta un niño sabía que con aquel frío un descanso significaba la muerte.

Desesperado, se miró los pies. Helados e insensibilizados, ya no le advertirían de si pisaba guijarros sueltos. Se habían convertido en traidores, se habían pasado al enemigo y pretendían impedir que encendiese el fuego de señales.

El jarl se rió. Sin embargo, no había alegría en la risa. Sus pies se habían pasado al enemigo. ¡Qué tontería! Se estaba volviendo loco poco a poco. Los pies eran simplemente carne muerta, igual que lo sería también todo su cuerpo dentro de poco. Furioso, pegó una patada a la roca. ¡Nada! Como si no estuvieran allí. ¡Pero aún podía andar! Era cuestión de voluntad. Aunque tendría que tener mucho cuidado con dónde pisaba.

Miró hacia atrás lleno de preocupación. El hombre jabalí había salido al terreno nevado. No parecía tener ninguna prisa. ¿Sabía acaso que ése era el único camino para subir al acantilado? Mandred ya no podía huir de él. Pero tampoco tenía previsto hacerlo. ¡Todo le daba igual mientras pudiera encender la pira!

Un ruido le sobresaltó. La bestia dejó escapar un ronco gruñido. Mandred tenía la sensación de estar mirando al hombre jabalí

directamente a los ojos. Pero desde esa distancia era imposible, y sin embargo... Algo rozó su corazón como un soplo de aire frío.

El jarl aceleró el paso. ¡Debía mantener la ventaja! Necesitaría un poco de tiempo para encender la pira. Su respiración se hizo sibilante. Cuando exhalaba, se oía un quedo tintineo, como carámbanos que entrechocasen en la copa de un abeto, sólo que más suave. ¡El beso del hada de las nieves! Le vino a la memoria un cuento que se contaba a los niños. Se decía que el hada de las nieves era invisible y que vagaba por Fiordia en noches en las que hacía tanto frío que incluso la luz de las estrellas se helaba. Si el hada se acercaba, la respiración humeante se desvanecía y se oía un ligero tintineo en el aire. Si se acercaba tanto que sus labios tocaban el rostro de un viajero, su beso traía la muerte. ¿Era ése el motivo por el cual el hombre jabalí no se atrevía a acercarse más?

Mandred volvió a mirar hacia atrás. A la bestia parecía no costarle trabajo moverse por la profunda nieve. En realidad tendría que haberle alcanzado mucho más rápido. ¿Por qué jugaba con él como un gato con un ratón?

De pronto, resbaló; su cabeza chocó pesadamente contra una roca, pero no sintió ningún dolor. Se palpó la frente con las manoplas y del cuero cayó sangre oscura. Empezó a marearse. ¡Eso no tendría que haber pasado! Miró atrás angustiado. El hombre jabalí se había detenido, echaba la cabeza hacia atrás y le miraba.

Mandred no conseguía ponerse en pie. ¡Qué estúpido era, mirando hacia atrás mientras seguía avanzando!

Intentó levantarse con todas sus fuerzas, pero las piernas medio congeladas le negaban su apoyo. Habría necesitado una gran roca para poder alzarse. Ahora tendría que arrastrarse. ¡Qué humillación! ¡Él, Mandred Torgridson, el guerrero más famoso del fiordo, huyendo a gatas de su enemigo! Él solo había vencido en duelo a siete hombres durante la incursión del rey Horsa. Por cada enemigo abatido se había hecho una trenza con orgullo. Y ahora huía a gatas.

Se dijo a sí mismo que aquel combate era distinto. A ese monstruo no se lo podía vencer con armas. Había visto cómo la flecha de Asmund había rebotado, y cómo su hacha no había llegado a herirle. No, ese combate tenía otras reglas. Vencería si conseguía encender la pira.

Desesperado, comenzó a reptar usando los codos. Poco a poco se le iba escapando también la fuerza de los brazos. Pero la cima

ya no estaba lejos. El guerrero miró las piedras que se erguían ante él; estaban coronadas por una nieve clara que se destacaba contra el brillo verde del cielo. Justo detrás del círculo de piedra se encontraban apilados los leños para el fuego de señales.

Siguió arrastrándose con los ojos entrecerrados. Sus pensamientos se dirigían solamente a su mujer. ¡Debía salvarla! ¡No podían abandonarle las fuerzas! ¡Adelante, siempre adelante!

Abrió los ojos parpadeando. Ya no había nieve. Yacía sobre rocas desnudas. Ante él se erguía uno de los pilares del círculo de piedra. Se alzó apoyándose en la piedra y consiguió ponerse de pie tambaleándose. Sus piernas no le llevarían mucho más lejos.

La cima era plana, y tan lisa como el fondo de un cuenco de madera. Normalmente daba un rodeo en torno al círculo de piedra. ¡Nadie se adentraba entre las piedras erguidas! No era cuestión de valor. El pasado verano, Mandred había observado la cima toda una tarde. Ni siquiera un solo pájaro había sobrevolado el círculo de piedra.

Un estrecho sendero transcurría pegado al borde del acantilado y permitía rodear las inquietantes piedras. Sin embargo, con unas piernas que ya no sentía, su paso no era lo suficientemente seguro como para atreverse a tomar ese camino. No le quedaba más remedio que pasar por entre las piedras.

Al entrar en el interior del círculo, Mandred hundió la cabeza entre los hombros, como si esperase un choque repentino. Diez pasos y habría llegado al otro lado. Era un trecho tan risiblemente corto...

Miró a su alrededor con miedo. No había nieve sobre el suelo de piedra tallada. El invierno parecía no querer entrar en el interior del círculo. La piedra estaba recorrida por líneas curvas que formaban extraños patrones.

La pared del acantilado caía hacia el fiordo de forma casi vertical. Desde el pueblo parecía como si alguien hubiera colocado una corona de piedra en lo alto del acantilado. Los bloques de granito que circundaban la meseta de piedra se alzaban a una altura de más de tres hombres. Se decía que ya estaban allí desde mucho antes de que los hombres llegasen a la tierra del fiordo. Además esas enormes rocas estaban decoradas con motivos de líneas sinuosas, formando cenefas, que nadie había logrado imitar. Y si uno se las quedaba mirando demasiado tiempo, acababa sintiéndose como borracho de un pesado hidromiel invernal picante.

Hacia años, un escaldo errante llegado a Piedranival había afirmado que las piedras erguidas eran antiguos guerreros elfos sobre los cuales había recaído una maldición de sus antepasados, los albos. Estaban condenados a montar una guardia solitaria e infinita hasta que la propia tierra pidiese ayuda en un día lejano y se rompiera el hechizo de destierro. Entonces, Mandred se había burlado del escaldo. Hasta los niños sabían que los elfos eran de compleción grácil y no más altos que un hombre. Las piedras eran demasiado macizas para ser elfos.

Tras cruzar el círculo, un viento helado golpeó a Mandred. Ya prácticamente lo había conseguido. Nada le impediría... ¡Los leños! Desde allí ya tendría que haberlos visto. Estaban apilados en una sima al abrigo del viento, pegada al borde del acantilado. Mandred se dejó caer de rodillas y se arrastró hacia delante. ¡Allí no había nada!

El acantilado presentaba ahí una caída vertical de casi doscientos pies. ¿Habría habido un desprendimiento? ¿Se habría resquebrajado la sima? Mandred tenía la sensación de que sus dioses se burlaban de él. Había usado todas sus fuerzas para lograr llegar hasta allí y ahora...

Miró desanimado hacia el fiordo. Allá abajo se agazapaba su pueblo entre la nieve, al otro lado del helado brazo de mar. Piedranival. Estaba compuesto por cuatro casas largas y media docena de chozas más pequeñas, y rodeado por una empalizada ridículamente débil. El muro de madera hecho con troncos de abeto rojo tenía la función de mantener alejados a los lobos y de servir de obstáculo a los saqueadores. Pero al hombre jabalí nunca lo detendría una empalizada así.

Mandred se acercó con cuidado al precipicio y miró hacia abajo. La luz de hadas del cielo creaba sombras verdes en el paisaje completamente nevado. No se veía a hombre o animal en los caminos. Por las campanas de las chimeneas sobre la techumbre salía un humo blanco que era desmenuzado por las rachas de viento y enviado por encima del fiordo. Seguramente Freya estaría sentada junto al fuego, con el oído atento, esperando escuchar el cuerno de señales que anunciaba que regresaban de la caza.

¡Si no se hubiera roto el cuerno! Desde allí arriba se habría oído su llamada hasta en el pueblo. ¡Qué juego tan cruel se traían los dioses con él y con los suyos! ¿Estarían ahora mirándolo y riéndose?

Mandred oyó un ligero repiqueteo. Exhausto, se giró. El hombre jabalí se encontraba al otro lado del círculo de piedra. Lentamente comenzó a rodearlo. ¿Tampoco él se atrevía a pasar entre las piedras erguidas?

Se apartó reptando del borde del acantilado. Su vida estaba perdida, eso lo sabía. Pero si podía elegir, prefería que lo matara el frío a servir de alimento para la bestia.

El repiqueteo de las pezuñas se hizo más rápido. Mandred había logrado avanzar un último trecho y se encontraba en el límite del círculo.

Sus extremidades pesaban como el plomo. Con cada bocanada de aire, la gélida escarcha le laceraba la garganta. Agotado, se apoyó contra una de las rocas. Rachas de viento tironeaban de su ropa llena de escarcha. El cinturón de su muslo se había soltado y la sangre se filtraba por los jirones de lana.

Mandred oró en silencio a sus dioses. A Firn, señor del invierno; a Norgrimm, señor de guerra; a Naida, la jinete de nubes, que regía sobre veintitrés vientos; y a Luth, el tejedor, que con los hilos del destino de los hombres tejía una fastuosa alfombra para las paredes de los salones dorados, donde los dioses bebían con los guerreros muertos más valientes.

A Mandred se le cerraban los ojos. Dormiría... el largo sueño... Había perdido su lugar en el salón de los héroes. Tendría que haber muerto junto a sus compañeros. ¡Era un cobarde! Ni Gudleif, ni Ragnar, ni Asmund habían huido. Los dioses habían hecho caer los leños del acantilado como castigo.

«Tienes razón, Mandred Torgridson. Los dioses no protegen a los cobardes», dijo una voz en su cabeza.

¿Era eso la muerte? Se preguntó Mandred. ¿Sólo una voz?

«¡Más que una voz! ¡Mírame!»

El jarl apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Una respiración cálida le golpeó la cara. Vio unos grandes ojos, azules como el cielo en uno de esos días de verano en que el sol y la luna aparecen juntos en el firmamento. ¡Eran los ojos del hombre jabalí! La bestia estaba acuclillada junto a él, justo al otro lado del círculo de piedra. De su boca manchada de sangre reseca goteaban espumarajos de baba. De uno de los largos colmillos colgaban aún fibrosos jirones de carne.

«Los dioses no protegen al que es cobarde –dijo de nuevo la extraña voz de su cabeza–. Ahora pueden recogerte los otros.»

El hombre jabalí se irguió por completo. Sus labios temblaban, casi parecía estar sonriendo. Después se volvió y rodeó de nuevo el círculo de piedra. Pronto desapareció de su vista.

Mandred echó la cabeza para atrás. La luz de hadas espectral seguía danzando en el cielo. ¿Los otros?

La oscuridad le rodeó. ¿Se le habían cerrado los párpados sin darse cuenta? Dormir... sólo un poco. La oscuridad era atrayente. Prometía paz.